

Introducción a la lectura de la Sagrada Escritura

Hoy en día, cualquier fiel que quiera leer la Sagrada Escritura y compre un ejemplar de la Biblia en las que debieran ser editoriales católicas, sólo va a encontrar, o una edición expurgada de aquellos comentarios que permitirían entender rectamente la lectura de los Libros Sagrados, o introducciones en que se presentan las teorías más fantasiosas de una exégesis modernista, que no hace más que copiar y recalentar las conclusiones del racionalismo protestante reinante.

Por eso, nos ha parecido que no sería de poca utilidad el presentar, en una nueva serie de *Hojitas de Fe*, aquellas introducciones netamente católicas que año acompañaban nuestras Biblias. Y empezamos, en la presente *Hojita*, con lo que sería una *introducción general* a la Sagrada Biblia.

1º La palabra Biblia.

La palabra *Biblia* es de origen griego, y aunque significa propiamente «*los libros*», fue empleada ya desde tiempos muy antiguos para designar el *conjunto de libros que contienen la palabra de Dios*, y que con otro nombre se llaman «*Sagrada Escritura*», o sencillamente «*la Escritura*». Mas como estos libros, aunque escritos en diversos tiempos y por distintos autores humanos, se diferencian de todos los demás por su carácter divino, y forman un todo homogéneo, en cuanto que, de una manera o de otra, se refieren a Jesucristo, centro de toda la revelación, en la Edad Media comenzó a usarse esta palabra *Biblia* en número singular, como significando «*el Libro por antonomasia*», y así pasó a las lenguas modernas.

2º Libros que componen la Biblia.

Según el decreto del Concilio de Trento, en su sesión cuarta, la Biblia se compone de setenta y tres Libros, los cuales desde tiempos inmemoriales se dividen en *Libros del Antiguo y Nuevo Testamento*, según que fueron escritos antes o después de la venida de Jesucristo.

Esta palabra «testamento» tiene en los originales hebreo y griego, de donde ha sido traducida, el significado de «pacto», y en este sentido se aplica a la Sagrada Escritura. En efecto, Dios hizo un Pacto con Abraham y su descendencia, y los Libros

escritos antes de la venida de Jesucristo nos describen la historia de este Pacto, sus condiciones, sus leyes y sus vicisitudes. Vino Cristo Nuestro Señor al mundo, e hizo un Nuevo Pacto con todo el género humano: la historia y leyes de este Nuevo Pacto la escribieron algunos apóstoles y discípulos, y la colección de estos Libros recibió el nombre de Nuevo Testamento.

3º Libros protocanónicos y deuterocanónicos.

Todos los Libros sagrados, tal como los enumera el Concilio de Trento, fueron entregados por Jesucristo y los apóstoles a la Iglesia como sagrados e inspirados, y por eso se llaman **canónicos**.

*La palabra «**canon**» significa, por su origen, «regla, norma»; y como en los Libros sagrados se contiene la regla de nuestra fe y costumbres, la lista de estos Libros se llamó «canon de la Escritura», y los mismos, «Libros canónicos».*

Pero en los siglos III y IV, sobre todo, surgieron en tal o cual Iglesia dudas sobre la inspiración de algunos de ellos, dudas que nunca fueron universales, y que desaparecieron bien pronto ante la evidencia de la Tradición apostólica, que se manifestaba clara en la creencia constante que de la inspiración de tales Libros había habido siempre en la Iglesia universal.

*Por esta razón, en tiempos relativamente modernos, se adoptó la división de los Libros sagrados en «**protocanónicos**», como pertenecientes al «primer canon», y «**deuterocanónicos**», como pertenecientes a un «segundo canon». En el Antiguo Testamento son deuterocanónicos: Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, Baruc, los dos libros de los Macabeos, y algunos fragmentos de Ester y Daniel; y en el Nuevo Testamento, la carta a los Hebreos, la de Santiago, la segunda de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan, la de San Judas y el Apocalipsis.*

4º Inspiración de la Biblia.

Como hemos dicho, Jesucristo y los apóstoles entregaron a la Iglesia la Sagrada Escritura como inspirada. El Concilio Vaticano I indica en qué consiste esta inspiración, que distingue a la Biblia de todos los demás escritos, cuando dice que la Iglesia reconoce estos Libros como sagrados y canónicos, porque *«habiendo sido escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen por autor al mismo Dios».*

La inspiración, por lo tanto, es un influjo sobrenatural de Dios en el hombre, a quien escoge para escribir un Libro sagrado, y por el cual se constituye como Autor principal de todo ese Libro, no siendo el hombre sino el instrumento libre de que Dios se vale para escribirlo. Esta doctrina ha sido siempre enseñada por los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y expuesta en las grandes encíclicas bíblicas de los Papas León XIII, San Pío X, Benedicto XV y Pío XII, contra los errores del racionalismo y modernismo.

Síguese de aquí, como consecuencia lógica, que, como Dios no puede engañarse ni engañarnos, la Sagrada Escritura es infalible, no solamente en las cosas que tocan a la fe y costumbres, sino en todas y cada una de las proposiciones propias del autor

sagrado, cualquiera que sea su materia. Es, por lo tanto, imposible toda verdadera contradicción, no sólo en la misma Escritura, sino también entre ella y la ciencia.

5° Los textos originales.

Todos los *Libros protocanónicos del Antiguo Testamento* fueron escritos en **hebreo** –menos algunos fragmentos de Daniel, Esdras y Jeremías, escritos en arameo–. Algunos de los Libros deuterocanónicos fueron escritos en **araméo**, como Tobías, Judit, Baruc, el libro primero de los Macabeos y los fragmentos deuterocanónicos de Ester y Daniel. El texto original de estos Libros se ha perdido. El Libro de la Sabiduría y el segundo de los Macabeos fueron escritos en **griego**.

Todos los *Libros del Nuevo Testamento* –excepto el Evangelio de San Mateo, cuyo original **araméo** se ha perdido, pero cuya traducción griega, antiquísima, le reemplaza– fueron escritos en **griego**.

El texto original del Antiguo Testamento se ha conservado sustancialmente incorrupto, como lo prueba el hecho de que Jesucristo y sus apóstoles no echasen nunca en cara a los judíos la corrupción de las Escrituras, y de que ellos mismos usasen sus códices. Por lo que al Nuevo Testamento se refiere, los numerosos códices que se conservan y las citas de los Padres antiguos de la Iglesia prueban que el texto primitivo ha llegado a nosotros íntegro, no sólo sustancialmente, sino también en la mayor parte de las cosas accidentales.

6° La Vulgata latina de San Jerónimo.

Antes de fines del siglo IV existían en la Iglesia occidental traducciones latinas de la Sagrada Escritura, hechas por personas particulares, pero no había ninguna reconocida oficialmente por la autoridad eclesiástica.

- *Por eso, el año 382, San Jerónimo recibió de parte del Papa San Dámaso el encargo de confrontar los cuatro Evangelios con el texto griego. En los años 383-385 revisó y corrigió todo el Nuevo Testamento, y lo mismo hizo con el Salterio, que fue enseguida admitido en la liturgia romana –Salterio romano–.*

- *Por los años 386 y siguientes, habiendo encontrado en Cesarea el original de la edición hexapla de Orígenes, revisó y corrigió conforme a ella todo el Antiguo Testamento: el primer libro que corrigió, conforme a esta edición de Orígenes, fue el Salterio, admitido por las Iglesias de las Galias –Salterio gálico–, que es el que hoy tenemos en la Vulgata.*

- *No se contentó San Jerónimo con estos trabajos, sino que arremetió el trabajo de hacer una nueva traducción latina a partir del texto hebreo del Antiguo Testamento. El año 389 comenzaba su inmortal obra, que terminaría quince años más tarde, poniendo en manos de la Iglesia occidental una nueva traducción de todos los Libros protocanónicos. Tradujo también los Libros de Tobías y Judit; de la traducción griega de Teodoción, las partes deuterocanónicas de Daniel; y de la llamada de los Setenta, las deuterocanónicas de Ester.*

Todas estas traducciones de San Jerónimo conforman la actual **Vulgata latina**, que comprende, además, el Salterio gálico, el Nuevo Testamento corregi-

do conforme al texto griego, y cinco deuterocanónicos: Baruc, Sabiduría, Eclesiástico y los dos libros de los Macabeos, que de la antigua traducción latina pasaron a nuestra Vulgata sin corrección alguna.

*Los críticos convienen en alabar la traducción de San Jerónimo como la mejor que se hizo en los tiempos antiguos; y su confrontación con el texto hebreo pone de manifiesto su conformidad con él, aunque se aparte de él en algunos puntos de detalle. Apoyado en el uso constante que de esta traducción venía haciendo la Iglesia desde muchos siglos atrás, el Concilio de Trento la declaró **auténtica**, es decir, conforme sustancialmente con el original. Y así, podemos estar seguros de que en la traducción de San Jerónimo poseemos el sentido verdadero de lo que Dios se dignó comunicar a los hombres por medio de la Escritura.*

7º La Biblia y los protestantes.

La Biblia, para los protestantes, no necesita aclaraciones; debe explicarse por sí misma y según se la dé a entender a cada uno el Espíritu Santo, y es la **única fuente de la revelación**; su lectura es, por lo tanto, necesaria para conocer lo que Dios ha revelado.

La verdad católica es que la revelación divina cuenta con dos fuentes y cauces: uno escrito, **la Sagrada Escritura**, y otro oral, **la Tradición**; y su guarda y conservación han sido confiadas a la Iglesia católica, guía y Maestra de la verdad. El **Magisterio eclesiástico**, no el criterio individual, es la norma suprema y certísima que hemos de seguir para interpretar y entender las Sagradas Escrituras en su verdadero sentido.

La Iglesia guarda y defiende este divino tesoro que Jesucristo le ha confiado, y en su papel de guía, tiene mucha razón de prohibir a los fieles la lectura de la Biblia en ediciones heréticas, por el peligro manifiesto de que se dé adulterada al pueblo fiel la palabra de Dios; de someter a su censura las ediciones católicas, para asegurarse de que van acompañadas de las convenientes notas explicativas del Texto sagrado; y de proponer en muchas ocasiones, con autoridad infalible, el sentido que tienen ciertos pasajes relacionados con la fe o con las costumbres. Este Magisterio de la Iglesia, lejos de atar la verdadera libertad del hombre, es como un faro luminoso que nos guía e ilumina para penetrar en el verdadero sentido de las Escrituras.

*No es cierto, como con frecuencia dicen los protestantes, que la Iglesia prohíba a los fieles la lectura de la Biblia: al contrario, sería fácil recoger numerosos documentos de los Romanos Pontífices, en los que la aconsejan; y los Santos Padres, singularmente San Jerónimo, insisten en el fruto que de este riquísimo tesoro pueden sacar todos los cristianos. Sin embargo, si reconoce la Iglesia que esta lectura **no es necesaria para todos**, puesto que hay otras maneras más fáciles, para la generalidad de los fieles, de conocer las verdades reveladas para la salvación de nuestras almas.*